

PARTE III

Política Europea de Vecindad

Presentación

por Ignasi Guardans

Eurodiputado por Convergència i Unió.

Vicepresidente de la Comisión de Comercio Internacional.

Miembro de la Comisión de Libertades Públicas, Justicia e Interior, de la Comisión de Cultura y Educación y de la

Comisión temporal sobre supuesta utilización de países europeos por la CIA para el transporte y detención ilegal de presos

¿Quiénes son los vecinos de la UE? Si fuéramos capaces de contestar a esta pregunta, habríamos resuelto la mitad del problema. El vecino, por definición, es alguien que no está en casa; el que ya está dentro, lógicamente no es vecino. No obstante, nos encontramos aquí con un primer problema político. Si seguimos confundiendo vecino con alguien que simplemente está esperando para entrar en casa, entonces la sucesión de vecinos llega hasta el infinito. Siempre tendremos nuevos vecinos y podríamos acabar teniendo como vecina a Nueva Zelanda, que quizás no tendría ningún inconveniente en entrar en la UE.

Entrando en la Política Europea de Vecindad, una primera reflexión es que uno de los mayores errores o riesgos que plantea actualmente esta política es el hecho de englobar bajo un mismo concepto situaciones profundamente desiguales en la actualidad, y que previsiblemente, lo seguirán siendo en el futuro. Estamos tratando, no por igual, pero sí con los mismos instrumentos, a determinados países que siempre serán vecinos y con los que necesitamos construir espléndidos instrumentos de vecindad, junto a otros países que tienen una clara aspiración de dejar de ser vecinos y entrar en la "familia europea".

El planteamiento debería ser distinto. Por un lado, no se deberían alentar falsas expectativas hacia los países vecinos que presumiblemente nunca dejarán de serlo, porque falsearíamos su propia realidad y nos

engañaríamos a nosotros mismos. Y, por otro lado, habría que crear instrumentos específicos para aquéllos que no son simples vecinos, sino que están "de camino" hacia el club. El tratamiento debería ser más diferenciado de lo que es.

Una segunda reflexión es que la propia geografía junto con los efectos de la globalización política están cambiando el esquema de quién es vecino en términos estrictamente geográficos. Así los temas que anteriormente eran de política exterior en general han acabado pasando, sobre todo tras las últimas ampliaciones, a problemas de vecindad. Por ejemplo, hasta la ampliación de 2004, Oriente Medio no era considerado un problema de vecindad. Lo era sólo indirectamente en la medida en que contaminaba el problema Mediterráneo. En cambio, después de la ampliación, es evidente que por ejemplo desde Chipre, Oriente Medio es un problema de vecindad y no sólo de política exterior. Si no, que pregunten a los chipriotas qué ocurrió cuando Israel empezó a bombardear el Líbano: Chipre es el primer país que encuentran como puerto de refugio aquellos que salen de Líbano. Por lo tanto, la implicación de la UE en el Líbano en este momento se mezcla de forma no sólo teórica sino práctica con toda la política de vecindad. Así pues, el problema de Oriente Medio va más allá de la política exterior, aunque estos países no sean nuestros vecinos más inmediatos.

La tercera reflexión apunta a que desde muchos lugares de la UE, todavía no se ha asumido del todo el hecho de que tenemos algunos vecinos nuevos, y éstos sí, en el sentido geográfico más estricto. El ejemplo más claro es Ucrania, un país que para un español o un francés continúa siendo un país distante. Así se puso de manifiesto cuando tuvo lugar la Revolución Naranja ucraniana. Desde las cancillerías, opiniones públicas y medios de comunicación de algunos Estados miembros, el tema recibió un tratamiento distante, como problema de política exterior.

En cambio, desde el punto de vista de un polaco, la percepción fue muy distinta. Un vecino es mucho más que un contacto geográfico: es una relación sentimental, emocional como la que podemos tener nosotros con Marruecos o con Cuba. Esa relación emocional puede ser similar a la de Polonia respecto al futuro de Ucrania. Y, por tanto, la agenda política de Ucrania y su evolución democrática no es un tema de política exterior o de estabilidad del mundo, sino un tema de vecindad inmediata. Eso exigió una implicación por parte de la UE que nadie en el Consejo tenía prevista. Sin la presión de los polacos, la Unión Europea habría reaccionado como de costumbre: unas declaraciones, y quizás poco más. Pero los polacos se plantaron, empezando por los eurodiputados y siguiendo por el Consejo.

En conclusión, la quinta ampliación de la UE nos ha aportado nuevos vecinos no sólo geográficamente sino vitalmente. Sin embargo, a pesar de haber digerido la ampliación, todavía no nos hemos dado cuenta de hasta qué punto ésta nos ha acercado vecinos que desde aquí parecen muy distantes, pero que han dejado de serlo.